

de Nápoles ó de Bayas; la belleza de la ciudad coronada en sus cimas con las torres austeras de la catedral calvinista y ceñida en sus barrios bajos de una larga série de joyerías que forman como una greca de oro y de diamantes; las colinas cubiertas de praderas y sembradas de árboles que ocultan entre el follaje blancas quintas; las dos cadenas de montañas, el Jura al oeste, el Mont-Blanc al Oriente, que os darian ideas trágicas, de desolacion, con sus picos, ora desnudos, ora cubiertos de nieve, si la casita triangular suiza coronada de yedra, la pacífica vaca con sus tetas cargadas de leche, la esquila del ganado que se apacienta sin necesidad de pastores, no os anunciáran que os hallais en una de las más tranquilas regiones de la tierra, y en medio de uno de los más bellos idilios que puede componer con su poesía la naturaleza.

En este pequeño territorio, ¡cuántas enseñanzas políticas! Parece que la naturaleza y la historia lo han trazado para escuela de los pueblos, para ejemplo de la humanidad. En un lado Saboya, educada por la corte de Roma, y en otro lado Ginebra educada por la Reforma; Saboya atraída al despotismo español por ese cometa sangriento que perturbó los pueblos, y que se llamó Carlos V; Ginebra atraída á la libertad suiza por los cantones que engendraron á Guillermo Tell y le infundieron el alma de los Alpes: Saboya entregada, como un feudo inmóvil, como una propiedad señorial, á la monarquía; Ginebra, bogando como una misteriosa nave, en las ondas alteradas, pero vivificantes de la República: Saboya poblada de capuchinos, de jesuitas que sólo fundan conventos; Ginebra poblada de libre-pensadores, de filósofos que sólo fundan escuelas: Saboya, convocada por sus Duques á la guerra y sembrando de huesos de sus hijos el Norte de Italia; Ginebra, convocada por sus magistrados al trabajo, y llenando el órbe con la prodigiosa mecánica de sus relojes que miden el tiempo: Saboya, engendrando el profeta de la

reaccion católica, el ceñudo conde de Maistre, que no encuentra salud para el mundo sino en las plagas de la guerra y en la rehabilitacion del verdugo; Ginebra, engendrando á Rousseau, el profeta de la revolucion que enseña á los pueblos á rehacer el pacto social y á fundar las bases de la democracia; Saboya, triste, pobre, leprosa, encadenada, sin una gloria que recordar, sin un nombre que oponer á su vecina, sin artes, sin ciencias; y Ginebra, alegre, rica, limpia, libre, con una legion de pensadores que honran el linaje humano, con otra legion de sábios que han estudiado hasta las entrañas de su hermoso suelo, con artistas que han reproducido en obras inmortales su naturaleza y su historia, las gradaciones de su alma; Saboya, cayendo en el Imperio francés, en una ergástula donde ha ido á aumentar el número de los esclavos; y Ginebra, entrando en la confederacion suiza como un estado más de esta tierra de la libertad, como un planeta luminoso más que se engarza en este cielo moral de nuestra Europa; Saboya, castigada así porque fué un esbirro de la reaccion europea; y Ginebra, fortalecida, salvada así, porque fué un soldado de la libertad universal; espectáculo maravilloso, cuadro deslumbrador que nos obliga á prorumpir en un himno al progreso y á reconocer la suprema justicia que dirige é ilumina la historia.

Yo nunca me canso de contemplar esta ciudad. ¡Cuántas veces me he oído llamar soñador! ¡Es soñar querer el bien, pedir la libertad! Pues mirad si soy poco ambicioso, si soy poco idealista: aquí está mi utopia. Le faltan algunos complementos, la separacion de la Iglesia y el Estado, por ejemplo; pero no importa: aquí está realizada mi idealidad, aquí está practicado mi sueño. Yo bajo de la estacion y nadie me registra mi equipaje. Vóime á mi posada y nadie me pregunta mi nombre. Si me da la idea de fundar un periódico, trato con un impresor y lanzo el periódico á la calle, sin censura, sin depósito, sin

timbre. Se publican hasta periódicos en ruso. Si me da la idea de fundar una enseñanza, una escuela, de profesar una ciencia, no temas que me pidan mi título, ni que me pregunten mi doctrina. Si quiero establecer una asociacion, la establezco. Las hay de todas clases que tienen congresos donde se discuten todos los problemas. ¿Soy católico? Ahí está el templo gótico de la Virgen donde se practica la sumision á la autoridad de Roma. ¿Soy luterano? A dos pasos tengo la Iglesia anglicana. ¿Soy judío? Más allá alza su rotunda oriental la Sinagoga. ¿Soy calvinista? La catedral me ofrece sus sermones, sus salmos cantados por todos los creyentes al son maravilloso del órgano. ¿Soy de la religion griega? La Iglesia rusa levanta sobre una colina sus ocho cúpulas doradas bajo las cuales un sacerdote vestido con vistosos ornamentos agita dos incensarios de oro en presencia de una triste y severa Virgen bizantina. ¿Me cansan las religiones positivas? Pues ahí tengo el templo masónico invitándome á celebrar el Arquitecto del Universo. ¿No tengo ninguna religion? A nadie le importa, ni esto me quita ningun derecho civil ó político. En un libro impreso en sus infinitas librerías ó en un sermón pronunciado al aire libre, puedo decir cuanto piense. Los escaparates se hallan atestados de obras prohibidas en Francia. Veo entre otras: «Jesucristo reducido á su verdadero mérito» por Mirón. Los trabajos públicos son de una magnificencia extraordinaria. Sus puentes y sus muelles rivalizan con los de París. Los caminos serpentean hasta las cimas de las montañas. El alcalde de Carouge invita al pueblo á celebrar con himnos á la libertad la inauguracion de nuevas fuentes. El Consejo de Estado convoca á todos los ciudadanos mayores de edad á sancionar una ley constitucional que es un paso más dado en el camino de igualar todos los cultos, de reconocer sus derechos inviolables á todas las conciencias. Y para que todos voten, para que todos hablen, para que todos escriban,

para que todos gobiernen, ni un soldado hay sobre las armas. ¡Oh, santa libertad!

Decimos que las formas de gobierno son de todo punto indiferentes, que la libertad así puede existir bajo una monarquía como bajo una República. Pues los progresos incomprendibles de estas Repúblicas, cercados por monarquías militares y sin ejército; junto á pueblos en el polvo y de pié; serenas, cuando toda Europa tiembla; orgullosas de haber reunido en una asociacion perfecta la libertad y la igualdad; los progresos de estas repúblicas se deben exclusivamente al privilegio de haber podido salvarse de la monarquía. Ginebra era tan aristocrática, tan feudal como Saboya. Ginebra era en su austero protestantismo tan fanática como España en su catolicismo. Uno de los más gloriosos españoles, metafísico que ilustró el siglo décimo-sexto, fisiólogo que precedió al ilustre Harvey en el descubrimiento de la circulacion de la sangre, Servet, fué encerrado en estos calabozos que no conocen ya reos de pensamiento, y tostado en estas plazas donde hoy se confunden todos los cultos y se oyen todas las ideas. Si Ginebra hubiera sido una monarquía, el monarca la enseñara á conservar la aristocracia feudal para rodear el trono, y el exclusivismo protestante para mantener la obediencia. Pero fué una República y la libertad ha entrado, se ha extendido por los dilatados espacios de esta gran forma de gobierno.

La República ha roto la intolerancia de los teólogos calvinistas; la República ha convertido el átomo de tierra en planeta; la República ha conseguido que esta ciudad pequeña, este diminuto estado casi imperceptible tenga un soberano influjo en la vida moderna, en la civilizacion europea. No hablemos de los tiempos de la Reforma. No recordemos que Ginebra ha impuesto la moral nacida en sus muros á los cincuenta millones de ciudadanos, más libres, más dignos, más poderosos, más trabajadores que hay esparcidos por la tierra. Recordemos, alejados de todas las sectas re-



ligiosas, como individuos de la humanidad, como filósofos de la historia, los servicios prestados por Ginebra á las ciencias; recordemos que bajó las anchas alas de su libertad, nacieron ó se criaron, Abraham Trembley, cuyos descubrimientos ilustraron en tan alto grado la zoología; Abauzit, que presintió la ciencia geológica, ese Génesis, razonado de nuestro globo; Bonnet, el divino, el místico, el sublime que encontró en su Palingenesia los anillos intermediarios por los cuales se eleva la naturaleza orgánica en una escala misteriosa, en una armonía creciente desde el pólipo hasta el cerebro humano; Huber, el ciego, que sostenido por su mujer é iluminado por el amor describió el mundo de las abejas con estilo empapado en virgiliana poesía; Saussure, que escaló como un Titán los Alpes, estudió sus eternas nieves, clasificó su flora maravillosa, los reveló en su grandeza al mundo; De Candolle, que sistematizó la Botánica y refirió las plantas y los organismos á sus tipos, dándoles así las leyes generales científicas; Rousseau, que dió á la revolución en las entrañas mismas del porvenir el bautismo ginebrino; Burlamachi, que enseñó el derecho natural á los ingleses; Necker, el hombre más popular en tiempo de Francia, el rival de Turgot, el doctrinario que sostuvo con su poderosa mano un momento la monarquía al borde del abismo; Madame de Stael, que renovó con su aliento de libertad la literatura; Sismondi, uno de los fundadores de la escuela histórica moderna; todos, gloriosos hijos de la forma republicana, y todos luciendo en la ancha frente el beso de su austera madre.

Y no creais que se limita á Ginebra esta fecundidad maravillosa; se extiende por toda la República. Las instituciones se perfeccionan cada día. Berna propone al pueblo entero, al pueblo reunido en asamblea, al pueblo que en otras naciones sólo debe sufrir y pagar; Berna propone al pueblo la amortización de una gran parte de su deuda. Zurich trata de

resolver el problema del gobierno directo, de la legislación directa, suprimiendo las delegaciones y las asambleas. Para comenzar esta admirable obra social desarma al verdugo, y el cadalso no se levantará en frente de esos Alpes immaculados que destilan desde sus urnas de nieve en grandes y fecundantes rios los manantiales de la vida por todo el centro de Europa. Dejadme respirar este aire; dejadme tomar la sombra de estos árboles de la libertad; dejadme saludar esta pura democracia. Ya que tan tristemente estoy condenado á contaros las argucias de la diplomacia, los crímenes de los reyes, los horrores de la guerra que nos amenaza; las tristezas de los pueblos esclavos, tendidos en las sombras, odiando y sirviendo á sus amos; permitidme que me detenga un momento, aquí, en plena libertad, dueño de todos los atributos de mi alma y de todos los derechos de mi sér, á contemplar una sociedad sin reyes y sin aristocracia; una sociedad donde todos los que la componen, gozan de las mismas libertades y le prestan la actividad de su vida y de su pensamiento; donde todo hombre es soberano, juez, legislador, sacerdote; donde la prensa es libre y no se mancha con la calumnia ni la impostura; la asociación es libre y no piensa en conjuraciones ni en asonadas; el trabajo es libre y no se extravía en la utopía; el gobierno nace de todos y no distingue con privilegios ni oprime con su peso á ninguno; la conciencia es libre y brilla como un santuario resplandeciente lleno de espíritu de Dios. Si la libertad es un sueño y otro sueño la igualdad para gran parte de los hombres, la Providencia ha querido que estos sueños se realicen aquí, á fin de consolar, de fortalecer las almas que han hecho de esos sueños divinos la fé de la conciencia, y han puesto en su realización sobre la tierra el fin casi exclusivo de su vida.

Fuerza volver á las grandes naciones los ojos si hemos de reseñar el movimiento político europeo en aquel año de 1868. No dejaba esta libre Ginebra de mostrarnos alguno de

esos personajes, cuyo nombre embarga la atención de la diplomacia universal. Por fines de Agosto Europa entera se conmovió con la noticia telegráfica de que el Príncipe Napoleón había arribado á Homburgo, aunque en perfecto incógnito. No puedo decir á ciencia cierta cuántos céntimos bajó la Bolsa; pero sí puedo decir que bajó. Los artículos escritos en toda la prensa, fueron innumerables sobre la súbita aparición de este embajador misterioso en plena Alemania del Norte. Los cálculos, los comentarios, los recelos de unos, los temores de otros debían resultar infinitos. Aunque la experiencia hubiera mostrado la manía política de los viajes del príncipe, fastidiado del secundario papel á que su posición le obligaba, y por lo mismo decidido á pasear su fastidio por toda Europa, especie de Child-Harold de la monarquía, los bolsistas, los negociantes no hacían grande caso de la experiencia, y seguían creyendo esos viajes tan funestos y tan preñados de males como cree el vulgo de las gentes los viajes de los cometas.

Hallábame yo sentado á la puerta de un café contemplando las montañas y el lago. Ginebra tiene aún la severidad, la austeridad calvinista. A pesar de la afluencia inmensa de extranjeros, hay pocos espectáculos, y malos. Voltaire no logró convertirla á los bailes, á las fiestas, á los placeres. El discurso de Rousseau sobre los espectáculos, todavía es el código moral de esta población enérgica. El único grande, inmenso que hay es el espectáculo de la naturaleza. Ese contemplaba yo saboreando una taza de café en el sitio mismo donde las aguas del Ródano, de una transparencia aeriforme, abandonan el lago para lanzarse impetuosamente al Mediterráneo á través del Mediodía de Francia. Por no perder mis costumbres parisienses, ya que el hado me condenaba á vivir en la gran Babilonia, ojeaba el periódico de las murmuraciones y los chismecillos. He nombrado *el Figaro*. Y en él saboreaba al par del café los renglones siguientes: «En medio de este ma-

»rasmo sólo hay un personaje que se agita, »el príncipe Napoleón. Siempre está de viaje. »Hoy me dicen, se va, mañana ha vuelto, pasado mañana se ha ido otra vez, y ha vuelto »á venir, y se ha partido y repartido, y vuelto y revuelto. No viene sino para irse; y no »se va sino para volver. Desastrosa concurrencia para el Judío errante. Diríase que un »Dios irritado persigue al príncipe, gritándole: Anda, corre á ver la exposición del Havre, »inaugura los caminos de hierro, visita los »acuarios. En ciertos momentos cree uno oír »la voz ahogada, desfallecida del príncipe que »exclama: Señor, estoy en Rouen, diez minutos de parada. Dios, irritado, continúa mandando, y el príncipe siguiendo en el »wagon... Los periódicos extranjeros lo presentan como un diplomático audaz. No puede »moverse sin conmover á Europa. No renunciamos á leer sueltos como el siguiente: »Ayer, como hiciera mucho sol, calóse el »príncipe un Panamá. Tal audacia pronostica »nuevas complicaciones.»

En estos renglones andaba yo cuando se para de pronto un coche de alquiler, un simon que diríamos en nuestro lejano Madrid, á la puerta del café. Un caballero, vestido de negro, con largos bigotes rubios, faz y ojos alemanes, aire misterioso, baja del coche, y se detiene á la portezuela como diciendo: aquí traigo un gran secreto. Detrás de él baja otro con un pantalón blanco muy súcio, un gabancillo de lana color de tierra, un sombrero de fieltro color de chocolate; alto de estatura, suelto de maneras, ligero, á pesar de una crasitud que va rayando en obesidad; de sonrisa un tanto contraída por el desengaño, y de mirada burlona. Era el príncipe Napoleón. El descuido de su traje, lo pobre de su coche, no le sirven de disfraz. Todos los ginebrinos le conocen; ninguno le mira. Estos republicanos tienen á orgullo despreciar los potentados que todo el mundo aprecia. No han nacido como los pueblos monárquicos, ni para gentiles-hombres, ni para lacayos. El



príncipe parece fatigado. Su rostro tiene todavía el reflejo de sus últimos viajes. Los rayos del sol de Oriente y las brisas del mar lo han bruñido. Se parece mucho á Napoleon: el mismo corte en la fisonomía, la misma cara pelada, la misma frente ancha, los mismos ojos inquietos, la misma nariz, todas sus facciones. Pero sea por la superioridad del génio, sea por el peso de los pensamientos, sea porque el tiempo reviste ya con resplandores legendarios la figura de Napoleon, lo cierto es que hay á mis ojos tanta diferencia entre el busto del Emperador y el busto de su descendiente como entre la maravillosa cabeza que Cánova trazara en mármol digno del antiguo Paros, y la tosca estampa iluminada que pende en el hogar de las cabañas, todavía fieles al fundador del Imperio. Cuando concluyó su refresco, el príncipe se volvió á su coche; no sin que el cochero, entretenido en tomar un vaso de cerveza, le hiciera esperar largo rato discutiendo con los mozos del café y guiñando el ojo á los paseantes de las aceras, como para decirles con socarronería: miren que carga me ha tocado en suerte. El mundo podía, pues, reposar tranquilo. El príncipe Napoleon ya no iba ni á Oriente, ni á Viena, ni á Hungría, ni á Prusia; el príncipe Napoleon reposaba en tierra republicana, en estas hermosas orillas fatales á los reyes, á la vista de estos Alpes donde pronto debia celebrar la democracia herida, engañada, vendida por los Bonapartes, uno de los Concilios de la libertad que necesariamente ha de arrojar muchas nubes sobre muchas coronas.

Mientras el príncipe Napoleon se paseaba por la libre tierra de Suiza, el Emperador Napoleon se paseaba por el campamento de Chalons. Ahí teneis la imágen fiel, fidelísima del Imperio. Los periódicos son argumentadores sometidos á una ley severa que no pueden traspasar sin caer en prision ó en ruina. Cuando alguno se atreve á mayores como *la Linterna*, desaparece cazado al vuelo por la policía y cocido por la magistratura. El Cuer-

po Legislativo es una legion de cortesanos como las asambleas del antiguo Imperio de los Césares. En cuanto al Senado napoleónico, no pasa de ser un mudo salon de Inválidos, donde St-Beuve hace siempre de racionalista y de liberal como en las compañías de cómicos de la legua hace uno mismo siempre de traidor. La fuerza del Imperio, su núcleo, el representante de su energía, el áncora de su salvacion, era el ejército. El campamento era su prensa, su opinion, su aristocracia, su senado, su cuerpo legislativo, su sufragio universal, sus principios de 1789, su diplomacia, su nervio; su pasado, porque de ahí salió la noche del dos de Diciembre; su presente, porque esas bayonetas son el trono y la corona de la dinastía; su porvenir, porque esos fusiles que se cargan con maravillosa rapidez por la culata y esparcen con su granizada de plomo derretido la muerte, van á permitirle una vez más ahuyentar la libertad, encubriéndola entre nubes de humo y nubes de gloria.

Varios dias pasó el Emperador en el campamento. Las cenas menudearon, las visitas á los grandes hospitales tambien, las maniobras audaces, los ensayos atrevidos de nuevas máquinas de matanza, todo lo que puede sostener, alentar, sonreír al ejército, á las legiones de la destruccion, al génio del odio que bate sus negras alas sobre Europa, impidiendo el progreso del trabajo, retardando la hora de la fraternidad. *El Times* anuncia que las balas del fusil Chassepot abren, al salir del cuerpo, atravesado, un boquete tan grande como la copa de un sombrero, y propone que se prohíba su uso por el congreso reunido para tratar de las balas explosibles. Los artilleros se hacen lenguas de los prodigiosos efectos del cañon-abanico, que, merced á una mecánica misteriosa, multiplica su boca en cien bocas, de cada una de las cuales sale una lluvia espesa de hierro candente y plomo derretidocayendo con tanta furia á largas distancias como los rios de la-

va lanzados por el Vesubio y por el Etna. Si hemos de creer todos los encarecimientos hechos de estas máquinas, la Europa camina al suicidio. Dos ejércitos en batalla se matarán en unos cuantos minutos. Cada guerra será un huracan de fuego. El laboratorio inmenso de la naturaleza no habrá producido jamas, con todas sus plagas, con todas sus calamidades, una destruccion tan activa y tan implacable como la que prepara este débil organismo, esta sombra de un dia, que se llama hombre, no contento con la muerte encerrada en su mezuquino sér.

Cuando al son de los clarines, al redoblar de los tambores, en el embriagador espectáculo de un simulacro, tomadas un poco de aguardiente, ennegrecidas bastante por el humo, cubiertas con el sudor del ejercicio, y el polvo del campamento; precedidas por la bandera tricolor, las águilas doradas, y las músicas esparciendo acentos de guerra y de entusiasmo; pasaban las legiones por delante del César, que les sonreía desde su caballo de guerra; un grito unánime, atronador, encerraba estas fatídicas palabras: al Rhin, al Rhin. No de otra suerte en aquellos dias fatídicos del Imperio Romano que acabaron con el antiguo mundo, allá por los desfiladeros de los Alpes que avicinan á Oriente, las legiones de Pannonia, deseosas de oro y de plácemes, fáciles en la embriaguez de la guerra, tomaban en hombros á Vitelio, y le paseaban, agitando en una mano la espada del combate y en la otra la copa del festin, y diciéndole con grandes clamores: al Tiber, al Tiber. Diez y nueve siglos de cristianismo, tres siglos de libre pensamiento, siglo y medio de revoluciones formidables, los inventos maravillosos de la industria, ciñendo con sus hilos eléctricos la tierra y los mares, para dar á la palabra humana la celeridad de la luz; todo este poema del espíritu humano da por resultado que los pretorianos jueguen sobre un manto de púrpura á los dados la suerte de esta generacion, la vida de los pueblos. Al ver eso debíamos

avergonzarnos de ser hombres. Diz que ora fuese por el calor, ora por la agitacion del ejercicio, ora por las emociones del dia, al concluirse la revista y entrar en su tienda, el Emperador se desmayó. Yo creo que debió ver la boca del abismo á donde nos arrastra la dictadura militar y sentirse sobrecogido de terrible espanto.

La verdad es que Francia siempre ha mantenido una rivalidad con sus vecinos, rivalidad secular. En la época de la grandeza española nos buscó en todos los campos de batalla del mundo. Nosotros peleamos con ella en Irlanda, en Italia, en Holanda, y á las puertas mismas de París. Luego sucedió á la rivalidad con España la rivalidad con Inglaterra. Desde la Edad Media se trasmitió el siglo décimo sexto, desde el siglo décimo-sexto al siglo de Luis XIV, la heredó Luis XVI, la heredó la República, la heredó el Imperio, que pensó en la grande y bárbara utopia del bloqueo continental y en arrancar á Inglaterra hasta la India. Leed el libro del protestante Michelet, su dramática Historia de Francia, y en cada página encontrareis una maldicion contra la protestante Inglaterra. Su patriotismo es mayor que su religion. Ahora viene la rivalidad con Alemania. Los políticos alemanes han absorbido por todos sus poros las emanaciones eléctricas de la revolucion francesa. Las ideas que Francia arroja poseida de la inspiracion súbita en frases entrecortadas, en oráculos Sibilinos, como la Pitonisa de Delfos, Alemania las sistematiza y les da carácter científico. En cambio los franceses plagian todos los sistemas alemanes, revistiéndolos de su espléndido estilo y propagándolos con su clara elocuencia. Y estos dos pueblos que viven el uno del otro, se detestan á muerte. Cuando el aleman quiere llamar á un hombre ligero, vicioso, le llama francés. Cuando el francés quiere llamar á un hombre estúpido, le llama aleman: *tete carrée*. Y hé aquí las preocupaciones donde los reyes trazan con sangre sus planes de batalla.